

Capítulo I

LA PUERCA Y EL KOCHINO

La vecina del bloque de enfrente fue la mejor amiga del Kochino, sin duda. De niña supo tener un par de novios, pero nada más crecerle las tetas, y tras enrollarse con muchos y probar con algunas, entendió que era hipersexual. Vamos, que le gustaba (serlo y aparentarlo). Juntos hacían una pareja ideal, sin compromisos, sin problemas y sin darse explicaciones, ni siquiera, de cuándo o de cómo volverían a verse. Como con cualquier otro colega de la peña, salían a la calle y allí se veían.

Su himno era naturalmente: “Me gusta ser una Zorra” del grupo de punk-rock “Las Vulpess”... y también “Inquisición” (por defecto).

Ya sabes. Menudo peligro. Si le presentabas un amigo se follaba a tu amigo, si le presentabas a tu padre, se follaba a tu padre. Si le gustaba le daba igual, ya fuese en una cabina telefónica, en un portal, en un cajero automático o debajo de un camión... y por supuesto, nada de eso impedía en absoluto que fuera la pareja del Kochino. De hecho, le gustaba mucho así.

A veces le vimos llevarla atada por el cuello con un collar de púas que sujetaba con una correa. Era casi una cuestión estética, que les iba a juego con los cueros, remaches y cadenas⁶. Pero también a ella le encantaba jugar a “la bestia amordazada”, que si te coge te muerde. ¿Entiendes? Jeje. Un poco de circo vaya, para salir de la rutina.

Aún teniendo dinero, la Puerca mantenía aquella costumbre infantil de robar en los bazares y los supermercados. Y bueno, si eso —por el cachondeo— el Kochino la dejaba penada fuera, atada a un poste junto a los otros perritos. O como aquel día, que le entregó la correa a un jubilado para que se la sujetara mientras entrábamos a comprar.

Cuando salimos del super, la muy jodida le estaba metiendo mano a aquel viejete todo sonrisa que sin soltar la correa, no sabía bien como salir de la situación. Pero, ¿qué?. ¿Qué le íbamos a hacer?, pues nada,

⁶ G.B.H.

reírle la gracia y punto. Así que nos fuimos muertos de risa, y allí quedó el jubilado feliz con su memorable erección.

Mira que mi intención no es hacer un relato erótico, ¡joder!, pero la verdad, es difícil hablar de la Puerca sin dejar algo de ese toque morboso con que lo impregnaba todo. Y por supuesto, aunque parecía que estaba medio loca y tal, se daba cuenta perfectamente de sus provocaciones.

En las borracheras se dedicaba a insultar y a reírse de todo el mundo. Esas cosas que a veces terminan en bronca, de las que bien se defendía ella solita, no creas, que el Kochino siempre la dejó a su aire, sin entrometerse demasiado.

Juntos decidieron marcharse (más bien alejarse) de casa. No iban a ir muy lejos, no creas, ya sabían donde, a Villamilagros, un caserón abandonado junto al Ayuntamiento, donde todos empezamos fumando porros o jugando a los besitos de verdad-consecuencia, y donde años más tarde, terminaríamos esnifando pegamento o haciendo guarrerías sin condones. Así que aún fuera de casa, los teníamos cerca del barrio.

Para la “mudanza” les ayudé a llevar dos colchones que encontramos en la basura y allí se quedaron (al principio) los fines de semana, conviviendo a ratos con indigentes con los que no se trataban. En el sótano malvivía una familia como de gitanos o algo así, con sus niños, la suegra, sus perros, y el dichoso transistor de fondo.

También se escondía por allí un viejo ruso o “potokoski” del Este, que a veces les gritaba de lejos. Vete tú a saber de qué se escondía, pero no se dejaba ver el nota, ni dejaba a nadie acercarse a su zona. Además, ni siquiera se le entendía una palabra. Quizás por eso, terminamos tirándole piedras en una estúpida borrachera que la verdad, no viene al cuento.

En Villamilagros cada inquilino tenía su zona y la policía no entraba nunca, pero fue entonces cuando el Kochino y la Puerca conocieron de rebote a una “vieja bruja”, que clandestinamente les realquiló una despensa por diez mil al mes, en la que apenas cabía una cama de

medio cuerpo. En la pared había una estantería y un calendario con diez años de atraso. Si te sentabas a los pies de la cama, la cabeza te daba contra la puerta, y aún así, un día, se quedaron allí cuatro personas... ya verás cómo.

Todo empezó en una verbena, donde se encontraron con el Kanalla, un rapado perretoso al que le gustaba más que le dieran tortas que darlas. Ya sabes, un jodido personaje, un tanto irónico y un mucho violento. Buen colega del Kochino y buen amante de la Puerca.

“Yo soy el Kanalla, no hay otro más sucio en toda la Patria. Soy mentiroso y traidor y no me arrepiento de nada, porque, el Kanalla soy yo”.

Esa noche se había enrollado con una preciosa quinceañera y cuando se enteró de que el Kochino tenía una habitación alquilada, empezó a comerle el coco para quedarse allí a sobar.

Mientras, la Puerca perseguía a un camello del barrio que se las daba de duro, pero que con un polvo a la vista se dejaba sobar como una marioneta.

(Manoseándole la cabeza:) —*¿Te vienes conmigo, musculitos?*

—*¿A dónde?, ¿qué coño quieres tu ahora?*

—*¿Qué estás diciendo? Mira niño, yo no sé si te haces el tontito, o es que eres tonto del culo.*

—*Oye no te pases..., ¡lista!*

—*Pero si es que ya estas todo tenso...*

...y se enroscaron.

Con tremenda escena romántica a la vista, el Kochino se marchó de retirada a sobar, cuando ya daban las tantas de la madrugada.

Por el camino ya les avisó que el cuarto era demasiado pequeño, pero el Kanalla y su tierna Coneja ni caso, le persiguieron hasta la Pensión de la Bruja y allí se acostaron los tres.

El Kanalla estaba tan pasado de rosca, que cuando apagaron la luz, en vez de follar, se puso a contar batallas... Sus broncas y peleas de siempre. Que si lo cogió por aquí, que si le metió por allá, etc, etc. Cuando por fin callaron las bocas y empezaron a hablar las manos, apareció de improviso la Puerca completamente borracha. Después de decir “*¡Qué coño pasa aquí!*”, se tiró encima de los tres, con lo que el Kanalla (literalmente) cayó de rebote, debajo de la cama.

Tras unos momentos de silencio e incertidumbre, no se pegó con nadie y se quedó dormida. Eestooooo no, en realidad perdió el conocimiento.

El Kanalla desde el suelo, jugando a los submarinos, dijo algunas risas más y se derrumbó igualmente.

La Niña miraba al Kochino levantando la cabecilla detrás de la Puerca queapestaba a alcohol, y en dos tonterías, continuaron a distancia con la charla manual que el Kanalla había comenzado. En principio sólo se metieron mano, ya que no podían hacer otra cosa, pero se empeñaron, y a duras penas echaron medio polvo, con mucho sigilo.

Aún así, con todo el cuidado que te puedas imaginar, despertaron a la Puerca, que antes de caer muerta a su lado, entreabrió los ojos: *¡Eeehhh, jopuutas!....*, y el Kanalla, nada, roncando debajo de la cama. Realmente fue, el “Polvo del Silencio”, y mucho peor que el del SIMCA 1000⁷.

Al mediodía siguiente, el Kochino se despertó con la Puerca encima en pelotas dándole besitos y todo eso. El Kanalla y su Coneja habían desaparecido, dejando algo de coñac bajo la cama. Siguió metiéndole mano, la muy lista. Sabía mucho de hombres y sólo estaba comprobando si se había corrido o no.

Por supuesto, se hizo evidente que de resaca, hambriento, agotado y con las pelotas vacías, ya no podía levantar cabeza. Y ya sabes cuál.

—*Déjalo ya tía, estoy hecho polvo.*

⁷ LOS INHUMANOS: Que difícil es hacer el amor en un SIMCA 1000.

—¿Qué te pasa pibe? ¿Te has vuelto marica?

—Mira colega, que nos conocemos. ¿La verdad? pues que la Coneja, que vino ayer con el Kanalla, me gustó mucho. Era muy guapa ¿no?

—¿Te gusta la niñata esa?. ¿Pero tú eres imbécil? ¡asaltacunas de mierda! no te vas a comer nada con esa que va de €loba... yyy ¿y delante mía?, espérate que la coja.

Se enfadó muchísimo, se desayunó el último trago de coñac, y tras gritar algunos insultos, amenazó con suicidarse y se fue corriendo de la habitación. Se largó desnuda, sin más nada encima que las bragas, los tabacos y un tubo de pegamento. Puede que tuviese su primer ataque de celos y no sabía cómo expresarlo. Por lo pronto, subió todas las escaleras y se cogió el típico pedo perreta ese, que gritaba “¡Mieeeeeerda pa tol mundo!” cada dos por tres.

El Kochino (haciendo honor a su nombre) estaba totalmente “encochinado”. Por un lado, no dejaba de pensar en la Niña Coneja, todo fantasía, y por el otro, no podía dormir a causa de los gritos que se escuchaban desde la azotea, como a tres pisos más arriba. Así que no le quedó más remedio que moverse. Se sentó en el borde de la cama, se puso los calzoncillos, las botas militares y peregrinó hasta el último piso.

Allí estaba, toda espatarrada esnifando pegamento (Rica Quilocha, que le decíamos). Viendo el panorama, se lo tomó con calma, se sentó tras el muro, cogió una bolsa y esnifó con ella un buen rato en silencio. Cuando esnifas pegamento, lo único importante en el mundo, es que la bolsa no se te despegue de la respiración.

Entonces dijo aquello:

—Creo que estoy enamorada.

—Pues mira tú por donde, creo que yo también. —Respondió sin soltar la bolsa— Pero el Amor es como una enfermedad mental ahí, ya se nos pasará.

—Pero, ¿qué coño dices tú? ¿Tú que sabes de nada gilipollas? —se levantó y salió disparada hacia la calle.

Él detrás, casi por inercia sin soltar la bolsa, la persiguió escaleras abajo, mientras escuchaba la matraquilla de la vieja bruja, que amenazaba con no dejarles entrar nunca más.

Ya en la calle, la Puerca corría cada vez más, arrasando como una loca, gritando desnuda y empujando a la gente que encontraba a su paso. Detrás iba el Kochino, pidiendo disculpas a las viejitas y otros objetos que quedaban por los suelos. Cuando por fin la atrapaba, se le abrazaba, mejor digo, se le colgaba encima y le decía que le quería mucho, y cuando él naturalmente se cagaba en sus muertos, le empujaba y volvía a correr, arrasándolo todo a su paso.

Tras varias carreras de pura asfixia, pudo ponerle el collar y regresar a la pensión. Ella estaba radiante, jadeando pero toda descojonada, en plan perra con la lengua fuera. Sin embargo el Kochino llegó totalmente agotado. Ni siquiera se dio cuenta que la Puerca corría descalza, con lo que se trajo una mezcla de suciedad y sangre, que fueron mojando y decorando la parte baja de las sábanas.

Y con esa sensación de humedad en los pies y con el pegoste del caucho en la garganta, se quedaron muertos de cansancio hasta la noche.

Por entonces, frecuentábamos un bareto del barrio, donde paraban tres pibas vestidas de negro, conocidas como “las Raquílicas”.

Yo me había empeñado con una que le decían “la Pechuga”. Una tetuda de espanto. Aunque en realidad la tetuda era su hermana, y ninguna era raquílica.

También el Kochino andaba con otra, con la Pegamoide, pero delante de la Puerca era incapaz de acercársele y, él claro, disimulaba, posponiendo la inevitable bronca que ocurriría días más tarde, con lamentable pérdida por k.o. de la Raquílica. (Como era de esperar).

Apoyado en la barra del bar, junto al Kanalla estaba el Karnicero, un monstruo de dos por dos, completamente tatuado de arriba a abajo.

Tatuajes palilleros ilegibles, con esos dibujos cutres que se hacían en la trena, en la Legión y en los barcos factoría.

La Puerca empezó a curiosear levantándole la camiseta:

—*Joder, mira que tienes tatuajes tío, bien de porquerías tienes ahí.*

El Carnicero, se tomó el resto del cubata, como si no la hubiera escuchado.

—*¿Sabem quete digom? ¿eh? ¿Sabes onde ejtá Dios?*

—*¿Qué coño qué?...* — y empezó a bajarse los pantalones.

—*Miram, mira* —se bajó los calzoncillos y se la estiró— *Aquímmm tengo yo a Dios.*

Y allí estaba. Se había tatuado en la polla un ojo con un triangulo.

—*¡Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhh, ya!*

—*¿Aquejesta guapo, emm?*

—*Sí tío, de puta madre.* —Dándole unas palmaditas en el culo— *Pero guárdate eso, anda, no me jodas.*

Juntamos dinero entre todos para comprar una botella de coñac y batido de chocolate para mezclárselo a las Raquíticas, que en el fondo eran unas señoritas de garganta fina. A esa mezcla extraña de chocolate y coñac le llamaban “Balumba”.

Nos sentamos a beber en la grada de cemento del Parkillo, frente a la tienda de las “Viudas Antipáticas”. Una de ellas la Doña Urraca, (la única que se levantaba) aunque nos atendía al trancazo, nos despachaba la dieta diaria de biberones con el mata hambre de siempre.

El Kanalla y el Carnicero bebían más de lo normal, que ya era mucho. Estaban algo... como... trastornados tras la muerte del Pumuki, al que habían visto agonizar delante de sus narices.

Desconozco la versión oficial de los hechos, ni sé cuál sería su declaración policial, pero según me contaron, fueron a casa del Pumuki y lo llamaron por el telefonillo electrónico.

Lo último que dijo fue:

—*¡Enseguida bajo!*

Se sentaron a esperar en el escalón del portal, como siempre, cuando se escucharon los gritos desde el cuarto piso:

—*A disgustos me vas a matar gamberro, no vas a salir con esa gentuza.....*

—*Quítate de en medio y vete a la Mierda, anda.*

—*Pero mira que pinta tienes, así no vas a salir ¿me oyes? Así no sales... Que pareces un pollo matao a escobazos... ¿No te da vergüenza?*

—*Me cago en Dios y la gran puta, que te quites de en medio.*

—*Que no blasfemes, que no vas a ir a ningún lado.*

—*Me cago en la puta virgen de los cojones de mahoma....*

—*Ahhjjhhhhhhhhhhhh....!!!!!! —¡Pam!—*

El cuerpo del Pumuki se estalló contra la acera, a pocos metros de ellos que esperaban en el portal.

Los familiares afirmaron que intentó escaparse por la ventana y se cayó, ellos insistían que el cabrón del padre le empujó seguro. Hay quien dice que en la autopsia se sabe si se cayó, se tiró, o lo empujaron. Pero nunca se habló más del tema. De cualquier forma, el Pumuki fue sólo la segunda víctima de una serie de bajas que iría sufriendo nuestra peña de colegas.

A mí en particular, siempre me pareció de risa que lo último que dijera fue: “enseguida bajo”, porque bajó rápido el tipo. Pero nunca lo dije en voz alta, que va.

La peña estaba muy mosqueada y muy rabiosa con eso. Creo que en el fondo suponían que tarde o temprano todos se darían la gran hostia de algún modo llevando un descontrol tan acelerado...y así fue.

Porque casi la misma historia con salto mortal, se repitió en Sta. Cruz con el Fafo, con Pepe el Chileno por el Puente de Silva, con Carlos el

Chino por el Estadio Insular, y a la semana siguiente con Kike el Kresta.

No sé que les pasó a estos dos punkarras del Estadio que siempre andaban juntos. Alguno dijo que a lo mejor se tomaron lo mismo, y la única salida que encontraron fue el balcón... y, ¡todo a la mierda!

Que bien me lo estoy pasando, bailando este ska.

Que bien me lo estoy pasando, creo que me voy a matar.

Eso es lo que dijo Manolo Rastasman

Se tiró desde el octavo, al son del último compás.

El vecino del sexto oyó como gritó,

que os den por culo a todos, que esto se acabó⁸.

Las Raquíticas se encapricharon con un niño de 12 años que jugaba con su bicicleta en el parque. Decían que era muy guapo y que le iban a enseñar a besar con lengua y, las tres a su alrededor, empezaron a actuar como en una película de Vampiros. De hecho, actuaban... pero, ¿quién no?

El Kochino se hizo unos cortes con una hojilla de afeitar. Una tontería, muy poca cosa, las pequeñas decoraciones en la piel de costumbre. Sin embargo, conseguía una presencia digamos... "magnífica". Superatractivo el color de la sangre sobre una camisa blanca con grafitis negros ¿A que sí? Pos eso.

Mientras el niño se distraía con los morreos de las Vampiras, el Kochino le quitó la bicicleta y se fue a dar un par de vueltas.

Se pasó un buen rato pedaleando callejones sin prisa, paseando, cuando a lo lejos una chica miró hacia atrás y puso cara de susto. No sé por qué coño, la sangre siempre asusta a la gente.

Aquella desconocida aceleró el paso. El Kochino intrigado apretó el ritmo, y ella también. Pero en nada empezó a correr como una loca, tanto, que la perdió de vista y le dio esquinazo.

⁸ KORTATU: Manolo Rastasman

Cuando regresó al parque con la peña, nos contó lo de la piba fugitiva, y nos quedamos un rato hablando sobre el miedo, y sobre las huidas innecesarias que provoca el pánico por la cara, cuando todos sabemos que la gente peligrosa aparenta normalidad.

Y así estábamos, borrachos como cubas y flipando filosofía barata. El Karnicero, a lo suyo, cogió de la correa a la Puerca y se pusieron a jugar. Los dos, los dos jugaban, pero las patadas eran cada vez más duras. Un señor pijo que cruzaba por el Parkillo se les quedó mirando:

—*¡Si señor, así deberíamos llevarlas a todas, bien amarradas!* —les dijo.

La Puerca le sonrió y el Karnicero le soltó rienda. Rápidamente le abrazó y empezó a chuparle el cuello. Le encantaba vacilarse a los puretas atontados, que casi siempre se quedaban sorprendidos, quietos, y se dejaban hacer de casi todo.

En pocos minutos, el hombre pasó de todo y empezó a entusiasmarse, olvidándose de nosotros y de todo el universo. Primero le abrazó la espalda, enseguida el culo y pronto estaba totalmente excitado. Ni siquiera notó cuando el Kanalla imitando a la pantera rosa se le acercó por detrás, le agarró por el cuello, y mientras le cantaba al oído: “*Todos los ahorcados*”ella le respondía por el otro: “*mueren empalmados*”⁹.

¡Buenooooooooooooooooooooo, menuda fiesta!. Nos sabíamos la canción y hacíamos los coros. La cosa se estaba animando. Sin embargo el señor no entendió la broma, se escapó como pudo de entre aquellos dos parásitos, y se marchó echando leches (que es un decir). Casi creo que hasta le vino bien retirarse a tiempo antes de que le cayera otra cosa encima.

Esa noche terminé con el Kochino y las dos Raquílicas en su casa, ya que eran primas o hermanas, o primas hermanas, o amigas como hermanas, o algo así, no lo sé.

⁹ SINIESTRO TOTAL: Cuándo se come aquí.

Alguien nos dijo durante la noche, que la policía se había llevado a la Puerca y al Karnicero. Bronca seguro. Porque ella iba delante provocando y sobando al personal, mientras el Karnicero iba detrás midiéndose con todo el que se atreviera a tocarla. Con eso, las veces que salían juntos, se convertían en la pareja más explosiva del Puerto.

El Kochino despertó de madrugada en un dormitorio que no reconocía. En la mesa de noche, un portarretrato en blanco y negro con la foto de boda de los padres de la Raquítica, con una cara de susto tremenda, como si acabaran de darse cuenta del disparate que acababan de cometer. Se dio la vuelta, extrañado, y vio a su lado la Raquítica Pegamoide que entonces le hizo recordar algo, pero tampoco la reconocía. Ahora sí, al despegar del todo los ojos supo lo que le hacía recordar. Le recordaba a la maldita Niñaconeja y su maldita niñasonrisa. De repente tuvo ganas de volver a verla, y se asustó de verdad. Empezó a pensar si no se habría infectado de amor, esa enfermedad muy dura de dependencia que no se cura en mucho tiempo. Que extraño. El mismo que nos decía que eso que llaman amor es sólo deseo de asegurar sexo y compañía, se veía ahora pensando en la misma cara y en los mismos ojos, y en las mismas esas también.... ¿Por qué, coño? Que mala suerte.

Estaba confuso, mareado, no se encontraba a gusto allí y se marchó muy temprano. Ni siquiera me avisó que se iba, ni se despidió de las otras Raquíticas que aún seguían despiertas viendo videos de “La Bola de Cristal”¹⁰.

Entonces le dio por pensar que no eran más que unas niñas que se teñían el pelo en la peluquería de mamá (tal como se dijo después en la tele-mermelada). Pudo ver que la apatía, mezclada con la palabra “asco” siempre en su boca, eran sólo fruto de su falta de iniciativa y no de la absurda sociedad que les rodeaba, con todas sus frustrantes limitaciones.

¹⁰ Programa de TVE del sábado por la mañana.

Tanto decir “mierda”, tanto decir “asco”... si las primeras asquerosas eran ellas. Que coño, hasta le pareció que la única mujer auténtica en el mundo era la Niña Coneja... la cosa estaba mala.

Pensando en todo esto por el camino, se le amaneció el día cuando por fin llegó hasta la pensión. Pero no pudo abrir la puerta, ya que la jodida bruja les había cambiado el candado del cuarto, dejándoles las mochilas en el portal.

No se sorprendió mucho, visto el espectáculo del día anterior. Lo que sí le sorprendió bastante, fue ver en el portal junto a las mochilas, la bicicleta del niño del parque. ¿¿???. ¿Y eso?

Puede que fuera cosa del Kanalla, que estuvo dando unas vueltas por el Parkillo con la Puerca sobre el manillar, chocándose a propósito contra los árboles y las papeleras. ¡Vete tú a saber!.

Aprovechó la situación. Se montó en la bici y se fue a las chabolas de la costa a por un par de canutos.

Una vez allí, parece ser que alguien le hizo una oferta y sin quererlo, terminó cambiando la bicicleta por 20 gramos. No tenía la intención de venderla, pero la cosa salió así, y se volvió andando con un algo de pasta y con un mucho de hachises.